



Martes 10 de junio de 2003  
Culiacán, Sinaloa, México  
Editora: Adriana Castro  
Coeditora: Clarissa Mendoza  
cultural@noroeste.com.mx

**Noroeste**

# Cultural

## Efraín Meléndrez y su abismo de colores

Azucena Manjarrez

Hay un mundo donde las cosas cobran vida propia, un abismo que no tiene principio ni fin, es el reino de los colores donde habitan los pinceles de Efraín Meléndrez Castro.

Ahí recrea sus memorias infantiles vividas en la comunidad de San Miguel Zapotitlán, lugar que dejó a los 17 años para estudiar la carrera de arquitectura en Guadalajara.

Lejos de su pueblo descubrió que esta disciplina lo limitaba para expresarse y empezó a pintar al óleo haciendo bodegones, sin abandonar la influencia de sus dos "mundos".

En sus cuadros, consciente o inconscientemente, siempre estaban presentes sus raíces indígenas que se contraponían con la modernidad.

Un reino multicolor se abrió sin inhibiciones; los pascolas, venados, coyotes, pitahayas, llegaron para contar lo que de niño miró.

Aunque sus padres hablaban la lengua, él nunca la dominó; sentía el fervor de las festividades de Semana Santa, Día de Muertos, pero fue hasta que la pintura llegó a su vida que participó en las costumbres y tradiciones de su pueblo.

Así, dice que empezó a cumplir lo que no hizo en su infan-

cia; sin buscar ser alguien que pinta porque lo indígena está de moda.

Meléndrez Castro no se siente un yoreme al 100 por ciento, sólo sabe que es parte de su gente y su pueblo.

Aunque sus ojos son verdes y su piel es blanca, de sus manos emergen muchos colores; el tiempo inspira las creaciones que le han abierto las puertas del mundo plástico.

Estando en Guadalajara estudiando la carrera, y en Guayabitos, Nayarit; trabajando como arquitecto, empezó a mirar a San Miguel Zapotitlán de manera distinta; la filosofía, antropología y poesía le habían ayudado a descubrir que era un lugar lleno de arte.

Las vivencias al lado de sus 14 hermanos en un lugar rústico, sin carreteras, luz eléctrica; de su padre, un comerciante de origen francés que hablaba la lengua y su madre de origen mayo yoreme, le ayudaron para que un buen día se armara de valor y se entregara a la plástica de manera autodidacta.

### LA LLEGADA A UN MUNDO NUEVO

Efraín Meléndrez nunca portó la vestimenta tradicional de un pascola o un venado a pesar de

que en su casa al abrir las puertas del closet, había muchos de ellos; quería ser escritor, pero con el tiempo descubrió que no tenía talento para ello.

Afirma que tal vez la pintura esperaba el momento preciso para emerger, y eso sabe ahora que pinta cuadros que había imaginado desde años atrás.

La sensibilidad por el arte, confiesa, la descubrió de niño a través de un hermano que hacía dibujos muy bonitos y tenía muchos libros de historia.

El compromiso familiar implicaba dejar su pueblo para superarse y realizar una carrera en Guadalajara, donde estaba un hermano estudiando y a su arribo, se sintió fascinado porque no conocía ni Culiacán.

"Hace 35 años era normal irse a Guadalajara a estudiar, yo tenía en mi cabeza la carrera de filosofía pero no sabía ni por qué ni para qué, finalmente me decidí por la arquitectura.

"Al llegar a la universidad no me desubiqué porque había gente de Los Mochis, Mazatlán, Culiacán, además mi padre me financió la carrera, tuve suerte que ahí enseñaban con el plan clásico, impartían clases de arte, filosofía, entre otras", menciona.

Mientras hacía proyectos escolares leyó libros de antropología y poesía hasta que encontró a Octavio Paz, cuya escritura lo hizo voltear al pueblo donde nació, un mundo fascinante y buscó información escrita que no encontró y se conformó con recordar lo vivido.

"Me puse a pintar y fui descubriendo el sentimiento que tenía de haber nacido en ese lugar, las cosas que vi y me considero un pascola porque mi sentir es como el de ellos.

"Hacía obras de arte desde que estaba en la facultad, pero eran collages, recortaba imágenes de las enciclopedias de historia del arte y hacía composiciones", recuerda.

Meléndrez Castro tuvo la oportunidad de exponer en la Universidad de Guadalajara, Centro de Arte Moderno, Galería Juan Martín en México, L' Impression Galery, en Los Ángeles, hasta que al lado de su esposa e hijos se trasladó a vivir a Guayabitos, Nayarit, para desarrollarse como arquitecto.

"Llegué a este lugar, me fascinó el mar y me quedé durante 23 años; dejé la arquitectura porque la pintura me daba todo, hasta que regresé a Guadalajara", apunta.

Con el tiempo descubrió que los cuadros le enseñaron que la pintura no era algo intelectual sino una cosa de emociones que el ser humano tiene desde que nace.

"Si de niño hubiera tenido la curiosidad que tienen ahora los niños, pienso que me hubiera gustado, porque ahora de grande veo que me cohíbo por no ser como los mayos yoremes", comenta.



LA MAGIA del arte indígena.

### ABRE BRECHA EN LA PLÁSTICA

En 1992, temeroso y tímido, Meléndrez llegó con varios cuadros bajo el brazo a Culiacán seguro de su trabajo plástico.

Recuerda que en ese entonces buscó en Difocur la oportunidad para exponer su arte.

"Llegué con Arcelia Espinosa de los Monteros, entonces directora del Masin, me dijo que dejara las obras y que iba a consultarlo; pienso que le gustaron porque me dieron una fecha", rememora.

Una semana después leyó en el libro de visitas que una persona quería comprar ocho de sus cuadros y dudoso se comunicó; se trataba de Agustín Coppel, y entonces supo que su trabajo no estaba tan mal.

Coppel le brindó apoyo moral y al paso de unos años le patrocinó una exposición en Culiacán en 1995.

"Este fue mi regreso a Sinaloa como un profesional, porque aunque ya hubiera expuesto anteriormente, no lo sentí tanto como en este entonces.

"Empecé a sacar las raíces indígenas para darles contemporaneidad por medio de la pintura; siempre estoy pensando en el ir y venir, en el tiempo y el espacio", asevera.

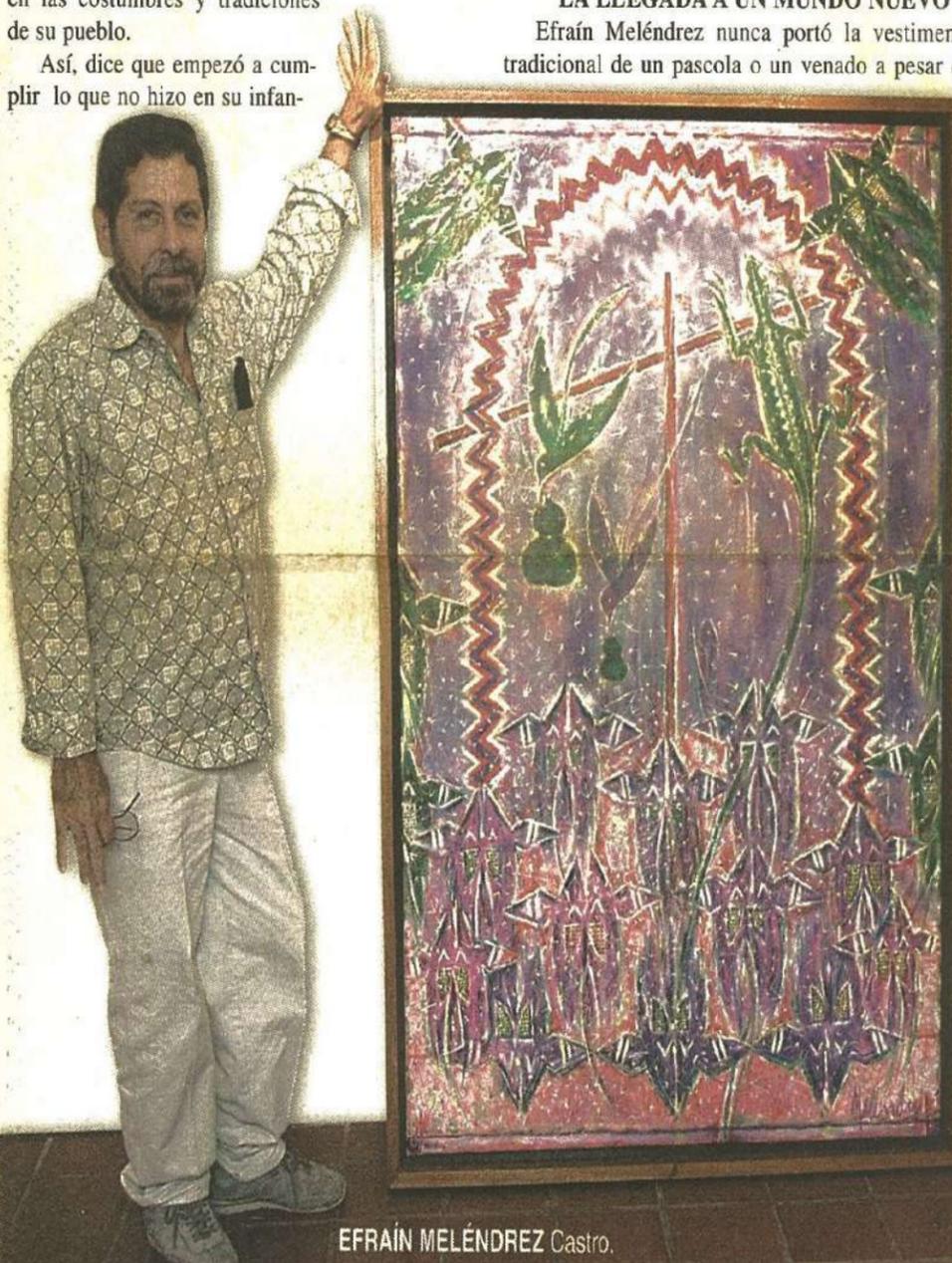
### EL ARTE INDÍGENA

Meléndrez Castro asegura que en la actualidad se vive una etapa en que la política cultural quiere anexar a los indígenas, pero ellos siempre han sido artistas y se han expresado a su manera.

Aunque no le gusta que lo encajonen como el indígena que pinta, dice que su trabajo plástico lo ha asumido como los danzantes de pascola y venado, quienes adquieren un compromiso eterno con sus deidades.

Nunca dejará de pintar, ya que en su vida es algo mágico y espinoso; San Miguel Zapotitlán, Guadalajara y Guayabitos, Nayarit, le han permitido ser el pintor de las culturas.

Hace algunos días, Meléndrez Castro regresó a su tierra; a su otra casa para seguir llenando de color las costumbres y tradiciones mayo yoremes a través de la exposición Corazón de Pitahaya, que se exhibe en el Museo de Arte de Sinaloa.



EFRAÍN MELÉNDREZ Castro.